

TERRITORIO, CULTURA Y RELIGION EN LA FORMACION DE LA DOMINICANIDAD. PONENCIA Y PROPUESTAS DE ACUERDOS.

Por F. Alberto Henríquez V.

INTRODUCCION.

Si vamos a tomar en cuenta los verdaderos intereses del pueblo dominicano, ningún momento más oportuno que éste para la celebración de nuestro **SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA**, sobre todo con un tema central de tanta actualidad, mientras la Humanidad se debate en la más profunda y decisiva de sus crisis. Y digo que ningún momento puede considerarse más oportuno que el actual para la actividad que hoy nos congrega aquí, bajo el ámbito acogedor de esta Universidad Católica Madre y Maestra, refiriéndome ahora, concretamente a sus trabajos con motivos que se orientan en estas dos direcciones: los que difícilmente podrán soslayarse totalmente, relacionados con el quehacer historiográfico propiamente dicho -metodología, investigación e interpretación- y los referentes a la situación específica de nuestro país -nuestro pueblo y la Nación que él sintetiza y lo representa: el tema en sí de la **DOMINICANIDAD**-, ambas afligidas de males, historiografía y dominicanidad; pero sobre las cuales, sin duda, aquí se encontrarán remedios y se dirán cosas fundamentales.

Debido a la brevedad de los turnos y a la naturaleza de los temas de esta **PONENCIA**, solamente mencionaré tres (3) puntos, relacionados con lo antes expresado sobre la situación de nuestra historiografía, además de otro final, donde expresaré mi confianza en que estos **CONGRESOS DE HISTORIA**, al irse institucionalizando, contribuirán a instrumentar y consolidar una verdadera Ciencia Histórica en nuestro país. Estos son los puntos a que me he referido anteriormente.

PRIMERO: Ninguna obra historiográfica, entre todas las que han abordado en su totalidad el proceso histórico dominicano, ha sido es-

crita siguiendo una metodología previamente trazada, sobre la base de los avances logrados hasta ese momento por la Ciencia Histórica.

SEGUNDO: La falta de rigor metodológico en el quehacer historiográfico dominicano -cuyo objetivo, si es que se propone tener alguna utilidad, tiene que ser la formación de una conciencia nacional en nuestra juventud y en el pueblo- arroja un balance negativo que hay que corregir en sentido positivo, ya que hoy día puede decirse sin dudas de ninguna clase, que relativamente las masas populares tienen menos conocimiento de su propia historia que en el pasado.

TERCERO: Los atisbos actuales de una historiografía científica dominicana, basada en la metodología aportada por el marxismo, incurren en la mayoría de los casos en una suplantación que desdibuja, cuando no borra totalmente, el papel protagónico que el pueblo dominicano ha jugado en el desarrollo de su propia historia, desde el conocimiento mismo de la historia americana hasta nuestros días.

Antonio del Monte y Tejada, criollo nacido en nuestra tierra, murió mientras residía en Cuba, precisamente en el año 1861, cuando ya España había incurrido en el error de anexarse el territorio dominicano. Su muerte impidió que tuviera que enfrentar el dilema de tener que escoger entre España y su patria de origen, cuando los dominicanos se lanzaron a la guerra contra el ejército de ocupación español. Su obra: "Historia de Santo Domingo", publicada al promediar ese mismo siglo XIX, sienta el funesto precedente, lamentablemente imitado por nuestra historiografía subsiguiente (tradicional), de ignorar casi completamente la participación africana en la composición étnica del pueblo dominicano, iniciando así las cadenas de distorsiones que ha venido sufriendo nuestra historia.

Pero ese error, a pesar de su indudable magnitud, no puede servir de pretexto para que se borre de los fastos de nuestra historia al CRIOLLO y al PUEBLO, utilizando un africanismo de última hora que, traducido a una historia embadurnada aviesamente de racismo -racismo del pueblo dominicano, no del pueblo haitiano-, descarnadamente se convierte en un hatianismo militante, pretendidamente santificado por la lucha de clases. Diremos aquí, ahora, porque no lo vamos a poder decir en otra parte, que ninguna clase por sí sola, ni en América ni en ninguna otra parte del mundo, ha hecho una revolución o ha ganado una guerra de independencia. Pero volvamos al tema. Es inadmicible que EL PAIS donde surgió por primera vez el CRIOLLO Y EL UNICO TERRITORIO AMERICANO donde el PUEBLO, luchando frente a ingleses, franceses, españoles, haitianos y

norteamericanos, logró forjar la PATRIA que hoy tenemos, esas dos categorías históricas: CRIOLLO Y PUEBLO – pido excusas al rigorismo cientificista- estén borradas prácticamente de su historia. Duarte, sin embargo, pensaba otra cosa, cuando dijo:

“En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una facción miserable que siempre se ha pronunciado contra esa ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad; esa fracción, o mejor diremos, esa facción, es y será siempre todo, menos dominicana; así se la ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones; y si no, véase *ministeriales* en tiempo de Boyer y luego *rivieristas*, y aún no habría sido el 27 de Febrero, cuando se le vio proteccionistas franceses y más tarde anexionistas americanos y después españoles.”

Y para quienes tengan dudas de lo que realmente ha sido y es ese PUEBLO, lo que era entonces y lo que será siempre me permito recordarles estos versos del forjador de la TRINITARIA y Fundador de la República:

*“Los blancos, morenos,
cobrizos, cruzados,
marchando serenos,
unidos y osados,
la Patria salvemos
de viles tiranos,
y al mundo mostremos
que somos hermanos.”*

De otra parte, como quiera que he hecho referencia al haitianismo y esa actitud evoca por fuerza su anverso: el antihaitianismo, bueno sería recordar también el pensamiento del Apóstol de nuestras libertades con relación al hermano PUEBLO haitiano. Dijo DUARTE:

“Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encontramos luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo co-

mo los vence y como sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor; pero los dominicanos que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, ¿lo habrán hecho sólo para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores la gracia de besarles las manos?"

Mientras todos los dominicanos, sin distinción de creencias religiosas, sexo y color de la piel, no estén compenetrados de esas ideas del Padre de la Patria, sobre nuestro pueblo, sobre su lucha por la libertad y sobre el pueblo contra el cual más combatió por la defensa de su territorio y de su soberanía; mientras no se le reconozca al pueblo dominicano su rango de factor decisivo en la formación de la nacionalidad que nos distingue de todos los otros pueblos y nacionalidades de América y el mundo, no tendremos autoridad científica, ni moral ni patriótica, para rebatir los argumentos de quienes habiendo vestido la vieja historiografía con el ropaje de un falso objetivismo, se autoproclaman auténticos representantes de la Ciencias Históricas, al tiempo que proclaman la necesidad de puertorriqueñizar la economía dominicana; vale decir: las costumbres, la cultura y la vida toda del pueblo dominicano.

Estamos, por lo tanto, enfrentados a una situación bien delicada, que no debe ocultarse con sofismas y con medias tintas, ya que el pueblo dominicano, colocado ante la disyuntiva de escoger entre dos vertientes historiográficas que lo desconocen por igual, terminará por inclinarse a favor de la que menos hiera su orgullo nacional; hipnotizado por mitos alienantes, como el de la sociedad opulenta; viendo impávido o vuelto contra sí mismo, porque la ignorancia y el hambre conducen por igual al suicidio, como su territorio es sometido a una devastación peor que la de Osorio y la de Dessalines; ciego, tropezando con sus auténticos paradigmas sin reconocerse en ellos y sin reconocer su propia identidad. Por eso urge abrir nuevos derroteros a la investigación y a la interpretación de NUESTRA HISTORIA. Tarea a la que pueden contribuir, decisivamente, estos CONGRESOS DE HISTORIA DOMINICANA. De ahí, también, el punto final que he mencionado en el segundo párrafo de esta Introducción, base de una de las propuestas de acuerdo que en su oportunidad someteré a la consideración de quienes participan en este cónclave.

CUARTO: De aquí a la celebración del MEDIO MILENIO del descubrimiento del Nuevo Mundo, momento en que nuestra patria se convertirá en el centro de todo lo que se relacione con la historia de

los pueblos de España y de este Hemisferio Occidental, nuestros CONGRESOS DE HISTORIA DOMINICANA deberían realizar, año tras año, no cada dos años, una doble tarea: la que he señalado anteriormente y la que tendría por objetivo central poner la historia de nuestro pueblo -de nuestro país y de nuestra patria- en el MAPA DE LA HISTORIA DE AMERICA, donde jamás ha estado presente.

EL TERRITORIO.

Conviene destacar a manera de introducción de este tema, lo que podríamos considerar su definición clásica: “Porción de la superficie terrestre, perteneciente a una nación, región, provincia, departamento o municipio. Todo estado se halla integrado por dos elementos físicos: uno humano o población, y otro geográfico o territorio. Políticamente el territorio se caracteriza por ser el ámbito dentro del cual el estado ejerce plenamente su poder y su soberanía, dictando las leyes y obligando a que se cumplan, disponiendo y beneficiándose con el uso y disfrute de los bienes nacionales, y reivindicándolo con el derecho o con las armas ante la ingerencia extranjera”.

El territorio de nuestra isla había sido ocupado casi totalmente por el segundo poblamiento prehistórico que se asentó sólidamente sobre su suelo, representado por la tribu de los arauacos-taínos, antes de la llegada de las naves colombinas del Descubrimiento. El inicial asentamiento español, basado en el **modelo de factoría**, según los cálculos de Colón, pretendió mantener separadas las dos poblaciones: la indígena de una parte y la española de la otra, proyecto que frustraron, casi simultáneamente, la resistencia de los aborígenes y la rebeldía de los españoles del común, dirigidos por el alcalde mayor, Francisco Roldán. Ya en el año 1499, cuando el triunfo de los roldanistas se tradujo en las Capitulaciones de Azua, factor decisivo en la liquidación de la Factoría Colombina, el proyecto inicial de UN ENCLAVE UNICO SE HABIA CONVERTIDO EN UN EJE MILITAR que atravesaba la isla de Norte a Sur, desde la Isabela hasta Santo Domingo; eje militar destinado a garantizar la explotación del oro por medio del rescate primero y después de la matanza de 1495 (Esperanza) por el tributo. La colonización española propiamente dicha, iniciada por Ovando en el 1502, sobre la base de la Encomienda Indiana, produjo un salto en la explotación del oro y tejió la isla de poblaciones (villas), donde quedó atrapada la sociedad taína. Tal el resultado de la legalización de los repartimientos de indios, impuestos por la revolución roldanista a Colón y legalizados por Ovando al estatuir el régimen de la Encomienda. Esa situación poblacional, traducida en un dominio completo del territorio insular, prevaleció y se

amplió con la Sociedad Esclavista Azucarera, cuando la explotación del oro, sustento de la Sociedad Ovandina, fue sustituido por la explotación de la caña de azúcar. Pero con la diferencia de que la nueva formación económico-social, extinguido el indio, descansó sobre el trabajo esclavizado del africano. El negro esclavo importado para mover la industria azucarera, se extendió así por toda la isla, ubicado en ingenios, hatos y villas, cuando aceptaba pasivamente la explotación a que era sometido; o viviendo en palenques insurrectos de uno a otro extremo del ámbito insular, cuando rechazaba y combatía la esclavitud. Realizadas las Devastaciones de 1605 y 1606, dirigidas a matar el comercio de rescate y el contrabando, actividad económica que tuvo por eje al hato ganadero, quedó encerrada la población colonial sometida (vecinos blancos y esclavos negros), dentro de las guardarrayas trazadas por el gobernador Antonio de Osorio, situación que se mantuvo casi toda la primera mitad del siglo XVII, hasta que se inicia la reconquista del Descampado con la toma de la Tortuga (1654) por las huestes de Francisco Montemayor Córdova de Cuenca. Desde 1654 hasta 1777, año en que se fijan los límites de Aranjuez, casi siglo y medio de luchas que representaron el drama y la gesta de una verdadera RECONQUISTA, se conforma y realiza el largo proceso de integración de la NACIONALIDAD DOMINICANA, iniciado a partir de la Revolución Rodanista de 1497. Durante ese período de casi tres siglos (1497-1777), el territorio insular de los antiguos taínos, después del tratado de Aranjuez reducido para los dominicanos en dos tercios de su extensión, debido a la lucha de sus habitantes contra al monopolio comercial español, vio reducida también su población, ahora circunscrita a dos razas y a dos culturas, que se mezclaron por un intenso proceso de hibridación; pero que a su vez, cada una de ellas en tiempos históricos distintos, aunque no muy alejados, se entrelazaron con el indio y produjeron el mestizo y el grifo (zambo dominicano), que alzados en sus manieles o encuadrados en las cincuentenas, como después lo harían los pardos y morenos (mulatos libres y negros horros) de los Batallones Fijos, se esparcieron por un TERRITORIO que por el derecho de la sangre y por mandato de la historia, consideraban suyo.

Todas las interminables luchas que se llevan a cabo en ese territorio, delimitado hacia el Oeste por la línea de Aranjuez, desde el tratado de Basilea hasta nuestros días, tuvieron por objeto claro o por trasfondo -de manera clara o en forma instintiva- la preservación y posesión de ese territorio, como solar y patria de la NACIONALIDAD DOMINICANA, como expresión primera y fundamental de la DOMINICANIDAD.

LA CULTURA.-

Resulta evidente, al examinar el Censo efectuado por Osorio en el año 1606, aún si se descarta la existencia en ese momento de una franja minoritaria de mestizos, mulatos y grifos, intercalada entre los aproximadamente 9,248 pobladores blancos (vecinos, libres) y los 9,648 negros (africanos, esclavos), a continuación de ese instante, cuando todavía no se había iniciado la ocupación francesa del costado occidental de la isla, que nuestra población inicia entonces un proceso de agregación, fácilmente identificable (porque de otra manera no existiría hoy la nacionalidad dominicana), como el proceso de nuestra FORMACION NACIONAL, al realizarse: Primero, un intenso mestizaje hispano-africano, que hizo posible el surgimiento de una amplia franja étnica mulata que ya para la firma del tratado de Basilea (1795) era mayoritaria y se había constituido económica y culturalmente en expresión de la DOMINICANIDAD. Segundo, una transculturación simultánea y condicionada por el anterior proceso de mestizaje, por medio de la cual la parte de esa población de origen africano, casi totalmente criollizada, asimiló todos los elementos culturales de la población de origen español, pero sin dejar de transmitir a ésta, no obstante la desculturación a que fue sometida, usos y costumbres, modos y medios de pensar y hacer las cosas, heredadas de sus ancestros africanos. Una cultura nueva de la que no estaban ajenos los aportes del indio, como lo prueba el ejemplo que mencionaremos a continuación, que se convirtió en algo peculiar y propio de la DOMINICANIDAD.

“El mantenimiento de estos negros -dice la cita de Juan de Eche-goyan- de estancias e ingenios, y de los que están en la ciudad trabajando, y sirviendo a sus amos, que serán por todos veinte mil, es comer casabi, que se hace de una raíz que ponen en montones; que cuando está crecida y gorda en el montón esta raíz, la raen, y lo que raen lo lavan, y con el molda que tienn para ello hacen una torta muy grande y algo tostada, y de esta raíz se apura más y se hace otro casa-bi muy delgado, sabroso de comer que es el sablao. De la flor de esta raíz, que se llama anaiboa, se hace un potaje con leche, como manjar blanco que es muy sabroso, y tiene mucha fuerza, y es de tanta sustancia que por poco que se come trae sudor; y esta comida es general, así para los vecinos, como para los que viven por la mar, porque no hay pan en aquella tierra, y lo que hay es poco y se lleva de acá...”

LA RELIGION.-

La Iglesia Católica Apostólica Romana, dentro de los reducidos límites marcados por las guardarrayas de Osorio, dirigida por obispos españoles, jugó un papel decisivo en la transculturación hispano-taina e hispano-africana, hasta que el pueblo formado por la agregación de esos componentes étnicos y culturales, al tiempo que lograba su criollización, adquirían los rasgos de una nacionalidad. A esos mitrados peninsulares y a sus subalternos, por lo tanto, correspondió dirigir la desculturación de la población de origen africano que quedó establecida en calidad de esclava, dentro de los reducidos límites de Osorio a partir de 1606. Pero terminaba la tarea de afianzamiento de lo hispánico sobre todo después que la penetración francesa desde la Tortuga fue contenida en las orillas del río Guayubín (Rebuc) y en los bordes del lago Enriquillo, por el Norte y por el Sur respectivamente, hubo necesidad de nuevos y más numerosos pastores de **almas**, dispuestos a enfrentar la pobreza y el desamparo del hato, la soledad de los bosques y el paisaje agreste de la sabana. De esa manera la FE se refugió en la **Hermita**, exenta de lujo y aislada del mundanal ruido, determinando que sus representantes dejaran de ser curas peninsulares para ser cada vez mayor el número de sacerdotes criollos, quienes enfrentaban la doble cruzada de salvar, junto con las **almas**, la tierra infectada de hugonotes franceses. El esclavo, por su parte, víctima remota o cercana, según fuera criollo o bozál, del fanatismo religioso que los almorávides habían impuesto y desde las orillas del Senegal hasta Argelia, antes de apoderarse de la España musulmana, no opusieron gran resistencia a la evangelización que conllevaba su desculturación, ya que entre el recuerdo de la **Rábita** (convento y fortaleza) feroz, símbolo de las penitencias agotadoras, la flagelación y la esclavitud berebere (africa del Atlas); y la Ermita patriarcal, compenetrada con la naturaleza (hato, bosque y sabana) y garantizaba su libertad de hecho, simpolizada por el caballo, la lanza y el machete, no titubeó en aceptar la nueva religión. Surgió así, en forma espontánea, tanto para el amo hatero como para el esclavo que lo auxiliaba en sus tareas, una iglesia si no nueva, distinta; que se expandió hacia occidente siguiendo el rastro del hato, creciendo ella también, desde el simple Oratorio, pasando por la Ermita, hasta la capellanía laical y la de colación. Esta iglesia, que siguió siendo por los principios de la FE, católica y romana; pero liberal en su proceder, se consustanció cada vez más con la población de donde procedían sus ministros, hasta llegar a ser, durante nuestras guerras de la Independencia y de la Restauración, representante espiritual de la **DOMINICANIDAD**.